
ORWELL VISTO POR UN ECONOMISTA

Gumersindo Ruiz

análisis y debate



3

La obra de George Orwell (seudónimo de Eric Blair, 1903-1950) posee dos constantes: una apasionada defensa de la libertad y la igualdad entre las personas, y una denuncia de los métodos manipuladores en que incurren los que poseen algún tipo de poder.

Aunque es más popular por sus novelas, Orwell desarrolló sus principales ideas en forma de ensayos; uno de ellos, un libro autobiográfico, *Homenaje a Cataluña* (1937), resulta clave para interpretar su obra. Orwell había venido a España en 1936 a combatir el fascismo; luchó en el frente de Aragón, cayó herido y, en plena guerra, recogió sus vivencias en este libro que en buena parte inspira política y documentalmente sus escritos posteriores.

Orwell, que formaba parte del libertario Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), con las milicias voluntarias, sufrió la dura experiencia del enfrentamiento entre anarquistas y comunistas en Barcelona, en mayo de 1937. Este hecho desencadena

en él una aversión profunda hacia el comunismo, al que considera responsable de interrumpir la experiencia revolucionaria y libertaria que se vivió en Barcelona los primeros meses de la guerra.

Cuando regresa del frente a la ciudad, comprueba con desilusión que «...se iba produciendo un aburguesamiento general, una deliberada destrucción del espíritu revolucionario que imperó en los primeros meses de la revolución»¹. De tal manera había quedado prendido por el aspecto revolucionario de la guerra española, que llega incluso a achacar la falta de una mayor agresividad de la población contra el fascismo a la pérdida de ilusión por una verdadera revolución, sustituida por la lucha para la restauración de la democracia burguesa republicana².

Este fracaso de la revolución social que tiene lugar en los primeros momentos de la guerra lo relaciona especialmente con la desaparición del incipiente igualitarismo, pues para él el socialismo no es sino igualitarismo en libertad. Orwell tuvo ocasión de vivir en la realidad la experiencia que constituía la utopía revolucionaria; de ahí su desencanto al ver la desaparición de los signos igualitarios que habían convertido a Barcelona en una comunidad única.

Su oposición al partido comunista tiene no sólo un fundamento ideológico, como es que «...los comunistas insisten siempre en el centralismo y en la eficacia; los anarquistas en la libertad y la igualdad»³, sino que la versión que circuló de los acontecimientos del 3 al 7 de mayo de 1937 en Barcelona, que responsabilizaba a los anarquistas del enfrentamiento, suponen para él una terrible violación de lo que ocurrió en realidad. A partir de aquí consideraría la manipulación y la utilización de tácticas de descrédito de los oponentes como algo sustancial a los totalitarismos. El libro, aparte de recoger sus vivencias de guerra —que luego utilizaría como material para sus novelas—, es un alegato contra el tratamiento que la prensa internacional liberal y de izquierdas daría a lo sucedido en Barcelona acusando al POUM y a los anarquistas de contrarrevolucionarios y defendiendo la posición comunista. El episodio le serviría de partida para su campaña contra el movimiento de simpatía que la experiencia socialista de la URSS despertaba en los radicales de izquierda de los países occidentales.

Este hecho histórico lo extiende Orwell a la tolerancia y justificación, por parte de demócratas y liberales, de los métodos de manipulación, pues para él los fines progresistas o revolucionarios no pueden lograrse nunca por procedimientos manipuladores.

Socialismo y capitalismo; manipulación y desigualdad

Su obra *Granja animal* es una parábola igualitaria donde la idea de la revolución traicionada por el igualitarismo y la manipulación aparece en su forma más cruda.

Y es aquí donde la economía juega un papel destacado, pues le sirve para describir y referir al lector a situaciones reales. En *Granja animal* nos encontramos ante una versión libre y caricaturesca de una «Historia económica de la URSS», que comienza con el reparto de excedente o plusvalía que antes obtenía el capitalista (el granjero); una «crisis económica», que es causa de miseria y malestar, origina revueltas y disturbios y la ulterior represión desencadena la rebelión. La parábola es muy ingenua, y tras esta explicación de la revolución aparece el tópico de que los nuevos revolucionarios pasan a ocupar el papel de los antiguos capitalistas apoderándose de la plusvalía, fruto del trabajo colectivizado.

Sin embargo, la discusión sobre la organización de la producción (se discute si construir un molino de viento o aumentar la producción agrícola, de consumo), que termina con la eliminación de uno de los líderes contendientes, alude a hechos reales, a la discusión sobre la acumulación primitiva socialista que enfrentó en la URSS a Stalin y Bujarin, por una parte, con Trotsky y Preobrazhensky, por otra. Así, mientras los primeros eran partidarios de favorecer a las empresas agrícolas los segundos apoyaban la idea de la industrialización forzosa financiada por la agricultura; esto se traduce en una enconada disputa donde se mezclan las dificultades de implantar el socialismo en un único país y la necesidad de la internacionalización, con la de reducir el poder de los campesinos propietarios.

Stalin, que elimina a Trotsky y Preobrazhensky, y que haría lo mismo, más adelante, con Bujarin, adopta las ideas de los primeros y lleva a cabo una explotación del campesinado hasta extremos que éstos no habrían imaginado ni, por supuesto, aceptado, para favorecer así la construcción de la industria pesada, de bienes de producción, soviética.

Este episodio de historia económica inspira la discusión en la granja entre la alternativa de construir un molino, bien de producción, o el aumento de la producción de bienes de consumo (alimentos). La adopción del primer criterio (que era el del enemigo perseguido) implica, como ocurrió en Rusia, imponer sacrificios a la población y una caída de la producción agraria.

Hay suficientes datos en la obra de Orwell como para que la parábola no pueda tomarse como un ataque abstracto al totalitarismo, pues identifica y transmite al lector mediante hechos históricos concretos la imagen y la historia de la URSS de Stalin, incluyendo las purgas de disidentes. En los aspectos económicos se describen los triunfalistas objetivos de producción, el fetichismo de las cifras, el productivismo, los records en todas las producciones.

Pero Orwell no realiza esta crítica para mostrar las ventajas de un sistema de mercado; antes al contrario, destaca la mayor capacidad de una sociedad cooperativa sobre el capitalismo. La escasez como característica y los problemas de inexperiencia productiva se superan con la voluntad de los trabajadores, y sólo la mala administración y la orientación del sistema impiden un mayor bienestar. En efecto, el fracaso del sistema no es económico sino de organización política; las condiciones productivas mejoran efectivamente, pero es un incremento de los bienes de producción, no del consumo; los burócratas y clases dominantes se benefician, no los trabajadores; hay, en fin, que mantener un volumen de gastos de defensa (y una política interior). La necesidad de adquirir algunos productos para la producción y el consumo obliga a comerciar con el exterior, y las potencias extranjeras, si bien recelosas del país revolucionario, toleran el intercambio en cuanto les supone un beneficio económico. Al final, esas potencias aceptan la «granja animal», con la cínica reflexión de que «¿no era el problema de los obreros el mismo en todas partes?»⁴.

Hay una tergiversación voluntaria de los principios de la revolución y un continuo cambio de principios y justificación de las contradicciones. Esta manipulación, en la que los animales inteligentes de la granja (los cerdos) mantienen a sus camaradas, voluntariosos pero poco instruidos, en un estado de ineducación, y en que las ovejas balan las consignas del Partido interrumpiendo cualquier posible actitud crítica, concluye con lo que es fundamental para Orwell: el rompimiento absoluto del principio igualitario, andando los cerdos a dos patas.

«Todos los animales son iguales,
pero algunos animales
son más iguales que otros»⁵.

Sin embargo, en esta feroz crítica al estalinismo no se plantea que el sistema socialista sea ineficiente o inadecuado; al contrario, muestra ventajas sobre el capitalismo. Lo que se denuncia aquí es una forma de concebir la organización social caracterizada por la acumulación de poder y la pérdida de respeto hacia las individualidades.

La presencia de la economía en la obra más conocida de Orwell, *1984*, es importante por el papel que juega la privación y la escasez en el mantenimiento del poder; y, además, por la caracterización de un sistema de economía planificada.

Orwell quiere impresionarnos describiéndonos una sociedad futura de manipulación y poder absoluto. Sin embargo, al igual que ocurre en *Granja animal*, el mensaje se sustenta en una realidad tan concreta que los lectores identifican la economía planificada de la URSS a partir de todos los tópicos y clichés con que se ha presentado en Occidente. Las deficiencias son una constante: ascensores, agua caliente, calefacción, tuberías..., nada funciona. Se vive en un mundo sórdido y frío, de malos olores, donde los habitantes se protegen de la intemperie en casas desvencijadas, con huecos cubiertos por cartón y hojalata. Los productos primarios de consumo escasean y son de mala calidad: jabón, cordones de zapatos, hojas de afeitar, botones, hilo de coser, ginebra, pan, carne, mantequilla, azúcar, té, chocolate, tabaco⁶. Todo está racionado. La ropa, en fin, es basta y de muy mala calidad; los comedores públicos sucios, ruidosos, atestados de gente uniformada con monos azules que salen de grandes oficinas donde desempeñan tediosas tareas burocráticas. La economía se planifica trienalmente; el triunfalismo en la producción y consecución de objetivos de producción, en una expansión productiva en que continuamente se intenta producir más de todo, se enfrenta a una realidad de colas y escasez generalizada, descubriendo la evidencia de la miseria la falsedad de los datos. Hay, en fin, un importante mercado negro que caracteriza, como un dato adicional, a la economía planificada.

Y llegamos así a otra caracterización fundamental: estamos en una economía de guerra, y este hecho determina cualquier acción dentro de la novela.

La existencia de una situación de guerra generalizada entre las tres grandes potencias en conflicto, en las que ha quedado dividido el mundo, no tiene un motivo económico, pues las economías son autárquicas y no hay —como en el pasado imperialista— competencia por los mercados y las materias primas. La guerra sí sirve, sin embargo, para dominar a los países no alineados y obtener de ellos manos de obra barata para la producción de armamentos. Pero lo relevante es que la finalidad de la guerra no es un dominio o una victoria sino un terrible intento de provocar una permanente escasez.

Orwell, como buen pensador de sociedades utópicas, sentía que la técnica iba a eliminar las lacras de miseria social y a reducir desigualdades: la técnica elimina las principales diferencias sociales y hace posible la igualdad. La servidumbre de los trabajos más penosos y las diferencias de base, como la educación, serían suprimidas por una tecnología que libraría a la humanidad del condicionamiento de la producción, cubriría las principales necesidades y provocaría forzosamente una redistribución de la cuantiosa productividad general⁷. Pero esta elevación del nivel de bienestar y de cultura marcan la tendencia de reducción de desigualdades que efectivamente tiene lugar en Europa por la aparición de una clase media (que Orwell detectó), así como por la abolición de ciertos privilegios que ocurren tras las grandes guerras. Y esto no resultaba deseable para los propósitos de la clase dirigente que vislumbra Orwell, pues: «a la larga, una sociedad jerárquica sólo sería posible basándose en la pobreza y en la ignorancia»⁸.

La producción de armamentos tiene, pues, como objetivo, no ganar una guerra (imposible por la situación de equilibrio de las tres superpotencias) sino mantener un estado deliberado de miseria interna que garantizara el dominio y control del pueblo.

La solución económica a los problemas de superproducción es ciertamente ingenua, pues el equilibrio económico se logra mediante la aplicación del excedente (después de un consumo mínimo, de subsistencia) a la industria de guerra, la cual tiene garantizada una demanda, mientras que la destrucción por obsolescencia de las armas permitiría aumentar ininterrumpidamente la producción ⁹.

Obviamente, Orwell se aparta aquí de la descripción de la economía soviética y entra de lleno en cómo podría ser el ejercicio de un poder absoluto y de los métodos para conseguirlo. La idea es que «un estado generalizado de escasez aumenta la importancia de pequeños privilegios y hace que la distinción entre un grupo y otro resulte más evidente» ¹⁰. El mantenimiento de una cierta miseria es, pues, conveniente a una clase que quiera mantener el poder mediante la diferenciación.

El tema más destacable en la obra de Orwell es, sin duda, el de la igualdad y los intentos por mantener posturas inigualitarias y de poder. Para destacar su idea posee la virtud de identificar mediante referencias muy simples y concretas a personajes y hechos cotidianos; la clasificación en tres clases (alta, media y baja), buscando la media sustituir a la alta y apoderarse de sus privilegios, es una de las inevitables caricaturas de Orwell que aparecen en *1984*, pero resulta un fiel reflejo del pensamiento popular de que el que toma el poder lo utiliza de inmediato en beneficio propio. Así, aunque los miembros superiores del partido pertenezcan a esa nueva clase frugal para la que la pasión de mando es mayor que su deseo de bienes materiales, la verdad es que su poder se concreta en algo tan popularmente comprensible como el disfrute de privilegios de consumo.

También aparece en Orwell una actitud hacia los desposeídos que le lleva a presentar las clases más bajas como ajenas a las consecuencias de cualquier proceso, pues son las que han sido siempre explotadas y lo continúan siendo bajo el nuevo régimen; embrutecidos por la monotonía de su vida y trabajo, son indiferentes a las variaciones y carecen de conciencia política, rebelándose sólo ante problemas y carestías concretas.

Aunque Orwell está absolutamente fuera de toda duda en cuanto a sus simpatías socialistas, su feroz ataque al socialismo de la URSS y al comunismo merecen un análisis complejo. Pues si bien Orwell expone sin ambigüedad que la situación terrorífica de *1984* procede directamente del socialismo planificado, no se encuentran en él atacados con tanta virulencia los fuertes inigualitarismos consustanciales al capitalismo, de la que el desempleo es quizá la principal manifestación. Ni hay tampoco intentos adivinatorios de cómo podría evolucionarse hacia una sociedad manipulada, partiendo de una organización formalmente democrática. ¿Cómo explicar este parcialismo que ha llevado a utilizar la obra de Orwell como propaganda contra los países comunistas y como argumento para la defensa occidental?

Para mí la respuesta es que Orwell consideró que el capitalismo no tenía un serio futuro y, por tanto, no podía derivarse de él peligro alguno; está tan sometido al azar, es tan débil, posee tantas contradicciones, tal «irracionalidad», que difícilmente puede mantenerse como sistema permanente de poder. Deja demasiadas posibilidades de escape. Por el contrario, el peligro real estaba, como veremos, en la racionalización, en la aparición de un poder con ideología, con capacidad para racionalizar y hacer científicas las relaciones sociales, de producción y distribución.

La postura de Orwell queda claramente reflejada en muchos de sus escritos. Me parece especialmente significativo *El león y el unicornio* ¹¹, en el que desarrolla un sentimiento patriótico inglés ante el fascismo alemán lleno de sugerencias sobre su idea de la organización social.

Cree en una libertad gozosa, libertad a tener una casa propia, a emplear el tiempo en lo que resulta grato; es realmente una búsqueda de la libertad privada, que, deja claro ¹², «no tiene nada que ver con la libertad económica el derecho a explotar a otros por beneficio» ¹³. Orwell defiende la economía socialista y los beneficios de los servicios públicos, pero, sobre todo, cree en la revolución tecnológica que acerca las clases sociales, tanto por la difusión de la educación y el disfrute común de los medios de comunicación, como por el abaratamiento de los artículos de consumo básico, las comodidades en el hogar (con la generalización de la luz eléctrica y el agua corriente); además, la técnica elimina tareas y trabajos pesados y hace a todos un poco más iguales por cuanto reduce el esfuerzo físico. Por este motivo, considera que es importante para el poder romper la tendencia igualadora inherente al desarrollo tecnológico.

En este libro aparece su idea de que el capitalismo es algo caduco: «lo que esta guerra ha demostrado es que el capitalismo privado no funciona» ¹⁴. Frente a la poderosa máquina nazi su argumento es que se precisa una economía planificadora y fuerte, y sólo el socialismo como alternativa puede solucionar los problemas de la producción, el consumo y el empleo. El capitalismo, mandado por el interés privado del beneficio, se mostraba inadecuado para hacer frente al interés público de ganar la guerra: «no se puede vencer a Hitler permaneciendo económica y socialmente en el siglo XIX» ¹⁵.

Por esta curiosa mezcla, patriótica alabanza de las viejas lealtades nacionales, y mayor eficacia económica del socialismo, surge el igualitarismo como necesidad, pues un programa que sea revolucionario ¹⁶ y factible requiere un movimiento social igualitario que pueda servir como aglutinante social, proporcionando la ilusión suficiente para movilizar a la población. Entre las fuerzas inegalitarias y el patriotismo (que debería abrazar la causa igualitaria), apuesta por este último como virtud sustancial a su pueblo.

Orwell cree, pues, en el socialismo, pero a diferencia de otros pensadores revolucionarios estaba más preocupado por la degeneración de la propia revolución que por su consecución, que consideraba absolutamente necesaria e inevitable.

Por eso ataca con más fuerza a la revolución traicionada que al capitalismo, llegando esto a constituir en él una idea obsesiva e injusta en su generalidad. Pues es desproporcionado atribuir al comunismo la pretensión (racional y consciente, como objetivo) de anular la libertad y los movimientos espontáneos libertarios, lo que además refuerza con la expresión de que cada variante del socialismo perpetuaba la falta de libertad y desigualdad social. El origen de la situación de *1984*, llega a decir, está en el colectivismo, en el sistema socialista soviético de economía planificada ¹⁷.

¿Qué podríamos decir de esta monstruosa profecía? Sería insistir en lo obvio repasar el evidente distanciamiento de la economía descrita en *Granja animal* y *1984* de la de la evolución real de las economías de planificación central, en las que movimientos internos han contravertido la orientación de la producción volviéndola hacia el consumo y un mayor bienestar, ya sea privado o de disfrute social de bienes públicos.

En cuanto al igualitarismo, las economías planificadas manifiestan, en general, características más igualitarias en el disfrute del progreso y crecimiento económico, aunque la diferenciación y mantenimiento de situaciones de poder es un hecho social arraigado y posibilitado por el sistema ¹⁸

Pero, ¿es *1984* realmente una profecía? La obra en sí carece de credibilidad, pues el control que presupone no resulta factible ni tampoco sus creaciones técnicas son imaginativas ni novedosas. Esto no impide que carezca de fuerza y que, olvidándose las inconsistencias del argumento, llegue a los más recónditos sentimientos e impresione al lector

con su sentido último: una racionalización absoluta sobre la que se consolida el poder produce una sociedad inconcebiblemente monstruosa. El dato a retener no es, pues, la historia en sí, ni la posibilidad que presenta, sino la racionalización como procedimiento.

El mundo político que describe *1984* es irreal; la mentira y la falsificación de la realidad se llevan a extremos difícilmente admisibles. El esperpento de Orwell trata de presentarnos el control en su acepción más absoluta, y tanto es así que se ha eliminado hasta el azar del juego; en el libro se nos dice que en la lotería, oficialmente controlada, los premios importantes no se pagaban aunque se mantenía entre la gente la ficción del juego, lo cual es factible en una sociedad donde la información está también controlada. La imagen no es anecdótica porque ni siquiera existe la posibilidad de diferenciación que el azar —aún con una probabilidad remota— permite. La planificación y racionalización del control es total. Y aquí es donde Orwell quiere dar la batalla.

Los peligros de la racionalización

Orwell percibe que la objetivación y planificación racionalizadora suponen un intento de identificar verdad y ciencia con el poder (quien tiene el poder dice lo que es verdadero y en qué y cómo debe investigarse), y de aquí podía derivarse el poder más absoluto imaginable. Si bien existían y habían existido formas de dominación, éstas dejaban demasiadas vías de escape; la racionalización absoluta —que Orwell identifica con una derivación del marxismo dogmático y científico— es posible, y a llamar la atención sobre esta tentación, sobre este peligro para la libertad, se dirige su mensaje.

Esta preocupación por la objetivación y la racionalización de la ciencia responde a un doble motivo: la práctica soviética y la simpatía que despertaban en la intelectualidad occidental los procedimientos ordenadores y racionalizadores. En 1946, M. Polanyi publica un libro importante, *Ciencia, fe y sociedad*, en el que expresa, desde el punto de vista de la filosofía de la ciencia, una preocupación similar por lo que Orwell había desarrollado vitalmente con fortísima e influyente expresión literaria.

Cuenta Polanyi que el economista N. I. Bujarin le explicaba en 1935, en Moscú, cómo la funcionalización social de la ciencia en una economía socialista hacía desaparecer la distinción entre ciencia pura y aplicada: «La superación del conflicto entre ambas formas de hacer ciencia no se debía a una imposición sobre los científicos, sino que éstos en su investigación —dice Polanyi— se veían meramente como una confirmación consciente de la armonía preexistente entre objetivos científicos y sociales...»¹⁹.

Bujarin fue ejecutado tres años después. La oficialización de la ciencia hacía que los científicos que se apartaran de las doctrinas y teorías oficiales fueran considerados socialmente irracionales, ya que la organización de la ciencia y de la sociedad formaba parte de la misma racionalidad.

Tres ideas son destacables a partir de este hecho: una, el empeño de Polanyi por «desobjetivizar» la ciencia, en el sentido de desoficializar una opinión predeterminada sobre la verdad científica y potenciar el componente subjetivo y personal del descubrimiento científico. Otra, comprometer a los intelectuales en la denuncia de tales prácticas dictatoriales y la forma en que eran disculpadas, ya que los escritos de autores como Polanyi en contra de la persecución de científicos en la URSS eran considerados —como en determinados círculos lo fue la obra de Orwell— simplemente como propaganda anticomunista. En fin, preocupaba a Polanyi la necesidad de disponer de un método serio de filosofía de la ciencia y del conocimiento²⁰.

Orwell, por su parte, dedica muchas páginas a desarrollar e insistir en su obsesiva idea de que los intelectuales occidentales de izquierda no reprobaban abiertamente los métodos estalinistas, y a atacar esa admiración latente por la planificación y racionalización científica.

Sin embargo, los hechos posteriores no siguen la dirección temida por Orwell. La caracterización racionalizadora del socialismo comunista es exagerada y, desde luego, no se corresponde con la capacidad de crítica interna que ha generado. La imagen monstruosa de un grupo que aplasta sistemáticamente cualquier oposición a su poder no explica el movimiento contestatario de los países de planificación central, ni el pensamiento que allí surge contra las racionalizaciones que impiden el ejercicio de la libertad. Al contrario, quizá por la dureza de las condiciones surge allí un pensamiento más aquilatado que denuncia otras formas de pérdida de libertad.

Hay una racionalización más poderosa que la que de manera consciente pueda imponerse por un grupo dominante que busque perpetuar alguna suerte de poder absoluto. Es la enajenación de la libertad por la aceptación de un tipo de orden más o menos definitivo, el mito jurídico de la norma que, situándose sobre los individuos, constituye la suprema referencia. Y esto enfrenta una forma valiosa de racionalidad, que es lo legal, el descanso en un orden, con el peligro que para la libertad ofrece la aceptación de un principio permanente.

Frente a esta racionalización, donde el orden no representa un descanso momentáneo, un equilibrio provisional, sino renuncia a la libertad, alienada, cosificada en la norma, han surgido prevenciones desde los propios sistemas de planificación, donde el pensamiento ha sido capaz de una crítica comprensiva no sólo del propio intento de imponer una verdad burocrática sino de la falacia de otras formas de racionalidad que surgen de los sistemas de mercado, por cuanto suponen el establecimiento de una forma real de funcionamiento y organización social que impide la práctica de la libertad individual.

Leszek Kolakowski, en *El racionalismo como ideología*, ha realizado tal vez la mejor disección del pensamiento racionalista, cuidando de no caer en la frivolidad —tan frecuente en el pensamiento occidental— de la defensa de lo irracional como contrapunto cultural. Kolakowski ataca el sistema de planificación del que parte, en el que la racionalidad es sinónimo de verdad absoluta detentada por el partido, pero también hace lo propio con el racionalismo positivista, el racionalismo «democrático». Naturalmente, Kolakowski está a favor de la razón pero no de las «reglas definitivas de conocimiento», pues para él lo racional es la imperfección crónica y no un definitivo acabamiento; y así, para él, el racionalista «lo único que no acepta es el riesgo de la satisfacción definitiva dimanante de las firmes convicciones»²¹. De esta forma el racionalismo radical, absoluto, se torna tan irracional como el irracionalismo.

Y también del pensamiento de los países de economía planificada ha surgido la crítica a la manipulación que trata de justificarse por motivos prácticos. Georges Lukács²² habla en este sentido de «el predominio de lo táctico sobre la teoría relativa de los principios», y de cómo la razón práctica de la resolución de los problemas cotidianos hace perder la conciencia histórica, el sentido de los principios.

Orwell manifestó el desencanto que produce en el pueblo la manipulación de la revolución, ya que pese a los posibles resultados positivos que con ello se consiga, el acto no deja de llevar en sí la semilla del mal. Lukács lo expresa diciendo que la manipulación de unos principios ontológicos para obtener resultados económicos de crecimiento de la producción y mejora en el consumo (por otra parte de gran significación) no van a provocar un entusiasmo vital generalizado, pues lo importante es crear conciencia de libertad y costumbre de práctica democrática más que ganar batallas con procedimientos absolutistas que, poco a poco, van, en su misma victoria, anulando las actitudes y comportamientos de libertad.

A propósito de la guerra civil española Orwell había dicho: «El pueblo español fue derrotado, pero las cosas que aprendió durante los dos y medio memorables años volverá un día sobre los fascistas españoles como un “boomerang”»²³. Ser derrotado no era para él lo fundamental si se ha vivido el ser de la existencia y se ha conocido la verdad. Orwell, tan entusiasta de la auténtica revolución, tan creyente en el espíritu revolucionario que vivió una vez en España, era, desde luego, el primero en no creer en la visión descrita en 1984.

En abril de 1984 se celebró en la Universidad de Málaga un homenaje a George Orwell. Las sugerencias, comentarios e ideas de Pilar Hidalgo, Domingo Blanco, Cristóbal Fernández Pineda, Alfredo García Lopera, Horacio Eichelbann y Juan A. Lacomba, han influido de forma notoria en la redacción de estas páginas. Ana M.^a Montiel, que promovió el encuentro, motivó mi intervención en el mismo, de la cual es consecuencia el presente trabajo.

¹ G. Orwell: *Homenaje a Cataluña*. Ariel, 1983, edición original de 1937, pág. 91.

² Aparte de la exageración del juicio de Orwell, es verdad que algunos historiadores de la Guerra Civil se cuestionan por la escasa oposición popular al levantamiento en Andalucía. Por ejemplo, este interrogante lo plantearon los profesores Antonio M. Bernal y Antonio Nadal en la presentación del libro de este último, *Guerra Civil en Málaga*, en la Casa de Cultura de esta ciudad el 25 de mayo de 1984.

³ *Homenaje...*, pág. 97.

⁴ G. Orwell: *Granja animal*. Destino, 1976, edición original de 1945, pág. 177.

⁵ *Granja animal*, pág. 174.

⁶ En su participación en la guerra española algunos de estos productos son los que más se fijan en la mente de Orwell, recogidos luego en su *Homenaje a Cataluña*; por ejemplo, el tabaco, de muy mala calidad, aparece constantemente. Como decíamos, la experiencia española deja la huella, tanto en el fondo como en la forma, en la obra de Orwell.

⁷ No consideró una posibilidad no redistributiva de mantener a grandes masas aparte de las ventajas de la producción y consumo, como hace el desempleo generalizado en la actualidad.

⁸ 1984, pág. 206.

⁹ La industria de la guerra pasa, sin embargo, en la práctica, a ser un instrumento comercial, ocupando un papel de política de oferta, de producción de bienes para la exportación; pero mientras que nacionalmente es una forma de creación de riqueza, internacionalmente cabe la interpretación —siguiendo la de Orwell— de que contribuye al empobrecimiento general, al ser una alternativa a la producción de bienes de consumo. Por otra parte, la utilización de la amenaza de guerra es, en la actualidad, un instrumento de control para orientar las voluntades, llegando a una situación global de manipulación compartida —como en el libro de Orwell— por los distintos sistemas.

¹⁰ 1984, págs. 207-208.

¹¹ Agradezco esta referencia a la profesora Pilar Hidalgo. G. Orwell: *The lion and the unicorn*, Penguin, 1941.

¹² *The lion...*, pág. 40.

¹³ Alain Besançon: «1984: Orwell y nosotros», *Revista de Occidente*, febrero-marzo 1984, dice (pág. 68): «Inglés en esto, Orwell tiene un estricto sentido de la esfera de autonomía de la que debe disponer el individuo, de las vallas que deben proteger su casa, sus costumbres, sus diversiones. El socialismo, según él, tenía como primera misión dejar en paz al ciudadano... «También es una idea democrática que no soporta el snobismo, el desprecio social, la diferencia de «status» entre los hombres ni esas pequeñas barreras difícilmente franqueables que dividen en todos los sentidos la sociedad...».

¹⁴ *The lion...*, pág. 73.

¹⁵ *The lion...*, pág. 74.

¹⁶ El programa incluye: nacionalización de la tierra, minas, ferrocarriles, bancos y principales industrias; limitación de rentas con un abanico de uno a diez; reforma democrática del sistema educativo.

¹⁷ Así lo expresa en la pág. 222 de 1984.

¹⁸ Ver G. Ruiz: *Igualdad humana y realidad económica*. Pirámide. Madrid, 1982. Cap. 5.

¹⁹ M. Polanyi: *Science, faith and Society*. The University of Chicago Press. 1964, pág. 8.

²⁰ Es el camino que siguen Paul K. Feyerabend en su *Contra el método* (1970) y Theodore Roszack en *La formación de una contracultura* (1969). Si prescindimos en esta obra de los aspectos visionarios que se contraponen a la crítica a esta última, estamos ante una argumentación contra la racionalización y objetivización del conocimiento e investigación científica, y el posible control de la misma por los «expertos».

²¹ L. Kolakowski: *El racionalismo como ideología*. Ariel, 1970; edición original de 1967, pág. 100.

²² Holz, Kofler, Abendroth: *Conversaciones con Lukács*. Alianza, 1969, original de 1967, págs. 206 y ss.

²³ G. Orwell: *The lion...*, pág. 122.